

Dicho y hecho

Ignacio Vicens y Hualde



Vicens y Hualde, Ignacio

Dicho y hecho. - 1a ed. - Buenos Aires : Nobuko, 2012.
160 p. : il. ; 21x15 cm. - (Textos de arquitectura y diseño)

ISBN 978-987-584-369-1

1. Entrevista. 2. Arquitectura. I. Título.
CDD 720

Textos de Arquitectura y Diseño

Director de la Colección:
Marcelo Camerlo, Arquitecto

Diseño de tapa
Vanesa Farias

Diseño y armado digital
Miguel Novillo

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en España / Printed in Spain

La reproducción total o parcial de esta publicación, no autorizada por los editores,
viola derechos reservados; cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

© de los textos, Ignacio Vicens y Hualde

© de las imágenes, sus autores

© 2011 de la edición, nobuko

I.S.B.N. 978-987-584-369-1

Mayo de 2012

Este libro fue impreso bajo demanda, mediante tecnología digital Xerox en
bibliográfika de Voros S.A. Bucarelli 1160, Ciudad de Buenos Aires.
info@bibliografika.com - www.bibliografika.com

Ignacio Vicens y Hualde
Dicho y hecho



ÍNDICE

6	PRÓLOGO
8	ENTREVISTA A IGNACIO VICENS Y HUALDE por Pablo Beltrán Bernal
56	NOTAS SOBRE LA ENSEÑANZA DE PROYECTOS
74	ELOGIO DE LA CRISIS
86	LA BIBLIOTECA DE <i>EL NOMBRE DE LA ROSA</i>
98	CARLOS FERRATER: ENTRE LA SERENIDAD Y EL ABISMO
104	EL PANTEÓN DE LOS ESPAÑOLES EN ROMA Y LA NUEVA ARQUITECTURA SACRA
118	JAVIER CARAVAJAL. LA AVENTURA AMERICANA
134	LA ESPADA Y LA LLANA
144	JAVIER MARTÍNEZ, UN ESCULTOR ROMANO
152	LAS VIVIENDAS DE SÁENZ DE OÍZA EN LA M30
156	LA COLINA DE LOS CHOPOS

PRÓLOGO

Palabras al aire

Es un honor para mí hacer una introducción a esta colección de escritos de Ignacio Vicens y Hualde.

El autor es uno de los más prestigiosos arquitectos y catedráticos de la Escuela de Arquitectura de Madrid, y una de las personas más cultas que he conocido en mi vida. Poseedor de una vasta y profunda cultura la difunde por doquier con una naturalidad sorprendente. A él he acudido siempre que he tenido alguna duda en cualquier tema. Lo sabe todo de todo. Y más, si cabe, de Arquitectura.

Y además, tiene la capacidad de dar salida a toda esta sabiduría, con la mayor naturalidad del mundo. Siempre se le entiende a la perfección. Sus escritos, clarísimos, son además amenos y se leen con gusto. Busca y consigue el instruir deleitando, perseguido por los clásicos. Eso lo saben sus alumnos que acuden siempre a él en busca de consejo.

Cuando en un escrito de esta colección hace un provocativo “Elogio de la crisis”, lo hace con tal gracia que acabamos convencidos de que somos unos privilegiados por estar viviendo este tiempo. Que lo somos. Tan positivo es.

Sus citas van del Keats de la preciosa “Oda a una urna griega” sobre la Verdad y la Belleza, hasta las palabras de una pintada en la Facultad de Medicina “*La sabiduría me persigue, pero yo soy más rápido*”. Y estas citas, cultas y abundantes, no son las del que no tiene palabra propia sino muy al contrario, las del que hace suyas las palabras más hermosas que los creadores generan. Son las palabras certeras del que sabe que la palabra es el gran arma del ser humano.

El que, además, su arquitectura sea de primerísimo orden no es más que la lógica consecuencia de su radical coherencia. Coherencia entre su pensamiento y su discurso, y sus obras y su vida. La que deberíamos exigir a cualquier creador y que pocos poseen.

He tenido la suerte de compartir con él largos años de tarea docente y siempre quise ser alumno suyo.

Estoy convencido de que sus palabras claras alcanzarán los cuatro puntos cardinales, ahora en manos de Cervantes y luego en las de Shakespeare. Palabras que, lanzadas al aire, alimentarán la cabeza y el corazón de los hombres.

Alberto Campo Baeza
Dr. Arquitecto
Catedrático de Proyectos de la ETSAM

ENTREVISTA A
IGNACIO VICENS Y HUALDE
por PABLO BELTRÁN BERNAL

24 de octubre de 2006. Calle Barquillo 29, Madrid.

Ignacio Vicens es un hombre torrencial y a la vez profundo. Ejerce con apasionada dedicación, y de forma muy destacada, su profesión de arquitecto. Sin perder la tradición, se sitúa decididamente en la vanguardia. Como los artistas del renacimiento también se dedica a la enseñanza, y aún le queda energía para volcarse en el mundo del espíritu y de la cultura. Sus armas para iluminar el pensamiento son la lógica y la coherencia, pero no desdeña ni la intuición ni el sentido del humor. Es una persona cálida, con una extensa cultura almacenada en su interior, lava ardiente que, como un volcán, sale en erupción controlada y con un orden muy personal. Tiene una rica personalidad y está abierto al mundo que le rodea, especialmente a las personas. Con este hombre afectuoso, natural, dúctil y peleón, hemos conversado largo y tendido sobre la arquitectura y sobre otras cuestiones que nos han salido al paso.

Tu formación inicial es de letras: empezaste a estudiar Derecho.

Considero un privilegio, una gran ventaja, esos años pasados en la Facultad de Derecho, unos años que además coincidieron con momentos de gran inquietud intelectual. Estábamos muy abiertos a la discusión de todo tipo de tendencias. Esto me permitió dedicar tiempo a algo que en la Escuela de Arquitectura no hubiera podido hacer. Y me parece una de las mejores inversiones, porque los años de formación son sencillamente definitivos; se adquieren hábitos que luego durarán toda la vida.

¿Crees que en las escuelas de arquitectura falta una vinculación derivada o tangente al mundo de las letras?

La arquitectura es una disciplina. Pero prefiero no entrar en la polémica de la adscripción exacta de la enseñanza de la arquitectura: si debería ser una Facultad o una Escuela Técnica. Esto es algo que tiene un interés relativo. De todas formas, me preocupa profundamente el programa docente. El *currículum* en la Escuela es extraordinariamente exigente, pero enfocado casi exclusivamente a una formación técnica. Al ser tan riguroso impide que el estudiante desarrolle un programa complementario que le ayude en su formación humanística. Hoy en día en el bachillerato no se da esa preparación humanística, con lo cual los alumnos llegan a la Universidad con una carencia fundamental. Y eso es grave, porque estamos trabajando con estudiantes a los que les faltan apoyos firmes. Salen con una magnífica formación técnica, sin duda mejor que la nuestra. Pero les falta una base imprescindible para su vida intelectual. Y la

exigencia del programa de la Escuela les impide dedicar el tiempo necesario para remediar esa carencia.

El hábito de lectura, por ejemplo, que es normal en muchos de mi generación, ha desaparecido literalmente en las Escuelas de Arquitectura. Los estudiantes ni leen ni saben leer. A lo mejor, como mucho, hojean revistas. Y esto es algo dramático. Todos los años hago una especie de encuesta el primer día de clase. No es un examen: los alumnos pueden hablar entre ellos y no tienen que firmar. Se trata, esencialmente, de saber a qué me enfrento. Pero el objetivo real es que ellos sean conscientes de sus carencias. Bien: a preguntas como *"cita tres críticos de arquitectura importantes del siglo veinte"* la respuesta habitual es cero. Nada. Ni uno. Hoy en la Escuela de Arquitectura –y estoy hablando de alumnos de cuarto– hablas de Tafuri y nadie le conoce, porque no se lee. Sencillamente, no se lee.

La dedicación que requiere la escuela de arquitectura impide una formación complementaria con lecturas y otras referencias culturales: filosofía, arte, música...

Claro, en esa prueba evidentemente no me limito a temas estrictamente arquitectónicos. Luego, si quieres, te doy las preguntas de la encuesta. Son tres grupos; el primero es muy disciplinar, del tipo *"nombra diez arquitectos españoles que no sean profesores de la escuela"*, o *"cita diez revistas de arquitectura"*. Cosas así. En el segundo grupo las preguntas son más específicas: *"quién proyectó el Novocomun"*, *"quién es el arquitecto de la casa Ugalde en Caudet"*, *"definición de arquitectura y casa por Le Corbusier"*. Y el último grupo de preguntas es de formación cultural: *"a qué se dedican Stockhausen o Louise Bourgeois"*, *"dí el nombre de cinco premios Nobel de literatura"*, *"cita una obra de Kafka, una de Eliot y una de Joyce"*, *"cuáles son los últimos libros que has leído"*. No te exagero si te digo que los resultados son deprimentes. Pero son datos. Es la realidad sobre la que hay que trabajar.

¿Cómo está el nivel cultural general de los universitarios en este momento?

Es un lugar común hablar de las carencias culturales de los alumnos, pero no por ser un tópico deja de ser un dato preocupante. Su formación humanística es casi nula. Pero mucho peor es que carecen de las herramientas intelectuales básicas para enfrentarse con su propia vida. En mis clases de los miércoles, que son puramente teóricas, intentamos comprender la cultura contemporánea. Lógicamente, en clase comenzamos analizando el mundo clásico.

¿Qué significa lo clásico, en qué se opone y cómo lo complementa el mundo de la modernidad? ¿Por qué surge la crítica posmoderna? Ahora estamos analizando la deconstrucción. Por supuesto, no es que no hayan leído a Derrida, es que



Biblioteca, despacho de Ignacio Vicens.

nadie ha oído hablar de él. Y ¿cómo explicas el pensamiento débil si ni siquiera saben qué son categorías fuertes? Comprenderás que es preciso comenzar explicando conceptos elementales: realismo, idealismo, razón, sentimiento, verdad, bondad, belleza, persona,... Nada puede darse por supuesto. Intentamos enlazar historia y pensamiento. Pero no es fácil hacerlo asequible, cuando citar a Kant es como aludir a Indívil y Mandonio.

¿Con qué referencias culturales debe contar el arquitecto?

Creo que cualquier universitario, como su nombre indica, debe ser una persona de intereses universales. Un universitario no puede ser sólo un técnico. Ni un profesional del máximo nivel. En absoluto. Es una concepción fundamentalmente diferente. ¿Cuál es el objeto de nuestro interés? El conocimiento en general. Además está nuestra labor profesional, que exige una preparación específica. Y eso presupone una formación disciplinar, qué duda cabe. Pero en cuanto universitario, debo tener los mismos intereses generales que el químico o el filósofo. No me puede caracterizar algo tan específico como la disciplina. A mis estudiantes les propongo como lema la conocida cita de Terencio: *“Soy hombre; nada de lo humano me es ajeno”*, cambiando solo “hombre” por “universitario”.

Tu formación da un giro en tercero de Derecho al ayudar a un amigo estudiante de arquitectura.

En efecto, me pidió que le ayudara una noche porque tenía una entrega de proyectos y allí descubrí la belleza de la carrera. Sin duda lo primero que me enganchó fue el ambiente de vida nocturna, distendido, divertido, apasionante. Piensa que en ese momento yo debería estar estudiando Derecho Administrativo, que es una de los planes más aburridos que se le pueden proponer a alguien, dicho sea entre nosotros. Me encontré, de repente, en un mundo creativo y diferente, un punto demencial pero fascinante. Aún así, lo que me pareció increíble fue ver la posibilidad de que alguien, a partir de un papel en blanco, fuera capaz de imaginar y de crear. La creatividad... Que alguien sea capaz de imaginar alguna cosa y poder dibujarla y construirla, eso es lo que me asombró. Fue una atracción determinante. A la mañana siguiente había tomado la decisión de cambiar de carrera. Era insensato.

Puro voluntarismo, un *“quiero hacer esto y lo voy a hacer”*. En mi vida había dibujado nada, no sabía nada de cálculo, ni de álgebra, ni de física.... Yo hice aquél bachillerato antiguo en el que, si elegías letras en cuarto, dejabas las matemáticas. Lo máximo a lo que había llegado es a sumar quebrados, y lo había olvidado. Nos dedicábamos al latín, al griego, a la literatura y a todo eso. Cuando le comenté a mi padre mi decisión, pensó que había enloquecido. Me

pidió que lo meditara bien y me organizó una entrevista con Miguel de Oriol. Supongo que esperando que me desanimara. Pero de la entrevista, que no he olvidado, salí más entusiasmado todavía. Siempre le agradeceré a Oriol el tiempo que me dedicó. Y dejé Derecho. Quemé las naves. Tuve que aprender por mi cuenta, acudiendo a academias y estudiando como un poseso.

Debió ser muy difícil el cambio.

Recuerdo con angustia el álgebra, el cálculo y la física. No podía comprender el concepto de límite, por lo que decidí aprenderlo de memoria, como había hecho con el Código Civil y el Penal. En lugar de "*Son circunstancias atenuantes o agravantes según los casos...*" ahora era "*Se dice que $f(x)$ tiende a un límite finito c si dado un ϵ mayor que cero existe un δ mayor que cero tal que...*" Te advierto que no resultaba más tedioso que el Administrativo. Era el peaje que tenía que pagar para proyectar. Hoy lo recuerdo todavía, lo que demuestra que la memoria es una potencia positiva. No entiendo su mala prensa.

Entonces era muy importante el dibujo. El ordenador ha relegado el dibujo a mano.

El dibujo era muy importante pero, curiosamente, no tuve que ir a ninguna academia para aprender. Nunca había dibujado, pero debía tener cierta facilidad porque la primera asignatura que aprobé en la Escuela fue dibujo; además, los dos dibujos. Y esto me animó bastante porque las asignaturas teóricas me costaron no poco. El ordenador, evidentemente ha cambiado muchas cosas. Todo lo que sea una pérdida me parece negativo. Pero considero mucho más negativa la pérdida del sentido de la lectura; infinitamente más, porque para ser arquitecto no se necesita dibujar excelentemente pero sí ser culto. El sentido del dibujo consistía en tener la mano educada, para ser capaz de expresar unas ideas con suficiente habilidad. Hoy a nadie se le ocurre utilizar la aguada o el carboncillo; todo eso eran técnicas para mejorar la expresividad. Pero si puedes expresar lo mismo mediante *renders*, espléndido. En cambio, sin cultura no hay nada que expresar.

Superados los problemas del cambio de Derecho a Arquitectura, ¿cómo fueron los años en la Escuela?

Los recuerdo como extraordinariamente felices y divertidos. Reconozco que también los de la Facultad de Derecho lo fueron, pero de una manera diferente. Lo que compartía en ambos casos era el hacer la carrera en sociedad, en grupo, con amigos. En Derecho éramos cuatro; queríamos ser diplomáticos y empezamos a preparar las oposiciones a la Escuela Diplomática desde primero.

La idea de finalidad es importante. El Derecho era para nosotros un medio para ser diplomáticos. Si había que saltarse clases para dedicarlo a los idiomas, conferencias, etc. lo hacíamos sin problemas. En Arquitectura también desde primero formamos un grupo, esta vez de seis, que duró hasta que terminamos. Fue una experiencia extraordinariamente enriquecedora que nos permitió realizar la carrera sin excesivas tensiones, haciendo deporte, divirtiéndonos... Hoy creo que, yo solo, hubiera sido incapaz de pasar de primero. Animo a la gente a que haga lo mismo. A uno le tocaba hacer las prácticas de urbanismo de los demás, a otro los proyectos, y así... Si un día aparecía nevado en la sierra, nos largábamos a esquiar sin problemas. Sé que no está bien, para un profesor de Proyectos, confesar que nos fumamos muchas clases de proyectos para ir a esquiar, pero es la verdad. No corríamos. Para qué vamos a mentir, lo tomamos con tranquilidad y todos salimos indemnes del intento.

¿Qué profesores recuerdas?

Evidentemente los primeros que vienen a la cabeza son los profesores de proyectos. El primero fue Fernández Alba. Me ayudó profundamente. Fue el que nos enfrentó con el proyecto. Estábamos en Elementos y el primer tema que nos puso –comprenderás que es inolvidable– fue ¡la ampliación del Museo del Prado! Lo he pensado muchas veces, porque me vino muy bien enfrentarme desde el principio con metas ambiciosas. Y entonces yo no sabía ni cómo se utilizaba el escalímetro. Y cuando digo que no sabía utilizar el escalímetro, lo digo literalmente: un día en clase –entonces trabajábamos en la Escuela– un profesor que se llamaba Julio Vidaurre, al ver que estaba dibujando líneas deslizando el lápiz por el escalímetro, me apartó la mano y me dijo: “¿No sabes que el escalímetro es un instrumento de precisión, no una regla? No se puede utilizar un instrumento de precisión como si fuese una regla porque te cargas el instrumento de precisión”. No sabíamos nada, ni dibujar, en definitiva. Agradezco profundamente esas pequeñas enseñanzas que te van haciendo sensato. De Julio Vidaurre es lo único que recuerdo, pero es bastante y se lo agradezco de verdad. De Fernández Alba recuerdo especialmente ese ambicioso reto a alumnos que no saben nada, que se enfrentan con su primer proyecto y se les propone la ampliación del Museo del Prado. Curiosamente ese proyecto –que conservo– en lugar de apabullarme me dio seguridad en mí mismo. Evidentemente, yo no sabía nada de nada de nada. Pero fue el descubrimiento de cómo se puede comenzar a proyectar. Lo primero que hice fue estudiar el edificio del Museo del Prado y sus transformaciones. Y descubrí que hasta hace relativamente poco la puerta de Goya estaba tapada y se entraba directamente a nivel de la calle Felipe IV. Luego se excavó todo y se hizo esa escalinata. Entonces llegué a la conclusión de que yo no podía atreverme a añadir demasiado a este edificio pero sí, de alguna

manera, recuperar la topografía original; podría hacer la ampliación donde está ahora la escalera y recuperar la antigua cota de acceso. Mi edificio sería subterráneo. Un prisma bajo de vidrio con una rampa de acceso constituiría el pabellón de entrada. Y unas escalinatas muy “Fernández Alba”, aunque en realidad inspiradas en un jardín de Scarpa que guardaba en la memoria, recuperaba la topografía original. Ése fue mi primer proyecto. Me llevé un sobresaliente pero sobre todo me dio seguridad en la forma de encarar un proyecto.

¿Quiénes fueron los que te dejaron más huella?

Evidentemente, los dos profesores que más me han influido, sin duda, han sido Javier Carvajal y Francisco Javier Sáenz de Oíza. Considero un privilegio excepcional haber sido alumno de los dos. Es algo inolvidable que les agradezco de corazón. Soy consciente de haber estado en la Escuela en unos años especialmente afortunados. He tenido maestros. Y he admirado de ellos, por encima de cualquier otra cosa, su capacidad de generar entusiasmo. Todo lo que diga de Javier Carvajal es poco porque realmente me enseñó a proyectar de verdad, más que Francisco Javier Sáenz de Oíza. Aunque Oíza nos fascinaba: íbamos a sus clases a disfrutar con su torrencial entusiasmo. Entonces no se podía elegir profesor, cada curso tenía el suyo. Tuve primero a Carvajal y luego a Oíza. Las correcciones de Javier Carvajal eran soberbias, pero lo que más me asombraba era su profunda cultura. Si Oíza todo lo llevaba a la arquitectura, Carvajal toda la arquitectura la llevaba a la cultura. Es curiosa la diferencia de enfoque. Las correcciones de proyectos de Carvajal eran una excusa para hablar de todo tipo de cosas, nos fascinaba citándonos en latín a Virgilio, hablando de literatura, de música, de la filosofía occidental, de La Alhambra, polemizando sobre el descubrimiento de América.... Es imposible olvidar su actitud. Después de las correcciones públicas de los ejercicios, criticados con su característica vehemencia, corríamos al tablero. Nos enseñaba a proyectar.

Recuerdo: *“Se nos ha dicho que proyectemos hacia el sur, que abramos la casa a la higiene, la luz, el soleamiento. Bien. Un día, florece un cerezo al norte. Alguien abre una ventana para contemplarlo...empieza la proyectación”*. Era maravilloso asistir a clases de auténticos maestros que ensanchan la mente. Despierta el apetito por el conocimiento, un hambre infinita de conocer más y más. Oíza era una pasión turbulenta: al salir de clase no sabíamos muy bien de qué nos había hablado, pero teníamos claro que ya nunca podríamos dejar de ser arquitectos. Nos hablaba de María Felisa, su mujer, y de su coche, un Aston Martin, y de sus hijos, y todo desembocaba en arquitectura. Y luego está Alberto Campo Baeza. En realidad, nunca fui alumno suyo. El terminaba la carrera cuando yo la comenzaba, pero éramos amigos y me corregía los proyectos. Siempre he admirado su seguridad. Mientras nosotros dudábamos, trabajábamos en medio

de incertidumbres y tanteos, él proyectaba con una decisión sin fisuras. Su ayuda fue fundamental. Definitiva. Nunca se la agradeceré bastante.

Y ahora, ¿cómo está la escuela?

Es curioso, porque soy de natural optimista y desde luego para nada de los que piensan que cualquier tiempo pasado fue mejor. En absoluto. Pero repasando la lista de formidables catedráticos, de grandes maestros que pude tratar, pienso en los que ahora ocupamos su lugar y veo cuanto ha perdido la Escuela. Si exceptuamos a Alberto Campo Baeza, que ha heredado aquélla capacidad de entusiasmar a los alumnos, aquél talante que sabía despertar una actitud ilusionada antes las dificultades de la creación, pocos maestros quedan. Y que no me vengan con eso de que “no son maestros lo que necesitamos ahora”. A mí me vinieron muy bien y quisiera lo mismo para mis alumnos.

Entonces estudiabais a Mies, Le Corbusier, Alvar Aalto, ¿Con qué te quedas de cada uno?

Siempre me ha interesado la historia de la arquitectura, pero toda; nunca distinguí entre modernidad y clasicismo. Nunca. Esa es la pura realidad. Cuando estaba empezando la carrera leía todo. Recuerdo el descubrimiento de Boullée y de Ledoux. Tengo en la biblioteca dos Kaufmann, “Da Ledoux a Le Corbusier” y “Tre architetti rivoluzionari” que me compré en primero de arquitectura, en la librería Dédalo de Roma, en vialle Gioacchino Rossini, me acuerdo perfectamente... Y recuerdo también la fascinación por Bernini, que me llevó a viajar a Italia y conocer toda su obra. A la gente le gusta mucho establecer dualidades, dividir el mundo en berninianos y borrominianos, racionalistas o patéticos, idealistas o realistas, y así. Yo cuando tengo que elegir elijo siempre las dos cosas. Pero reconozco que, en el fondo, soy berniniano. Bernini ha sido para mí un punto de referencia, pero también Ledoux y Boullée y Palladio. Y esto me lleva a darme cuenta de que he estado alejado siempre de los organicistas. El mundo clásico me llevó naturalmente a la obra de Mies van der Rohe. Pero Alvar Aalto me dejaba mucho más frío. Aunque de verdad, la auténtica fascinación la tenía por ese gran maestro del siglo veinte que ha sido Le Corbusier.

¿Qué espacios arquitectónicos te han conmovido al recorrerlos?

No exagero si te digo que he estado más de cuarenta veces en Roma. Roma la conozco muy bien. Eso es una gran suerte. Ya te he dicho que no soy borrominiano, pero debo reconocer que la primera vez que entré en Sant'Ivo alla Sapienza